ELEGÍA XIV

ELEGIA XIV

Rumor ait crebro nostram peccare puellam:
nunc ego me surdis auribus esse velim.
Crimina non haec sunt nostro sine facta dolore:
quid miserum torques, rumor acerbe? tace.

ELEGÍA XIV

Que mi niña me engaña el rumor dice:
¡Ojalá mis oídos sordos fuesen!
Que no sin dolor mío el cargo arrojan.
Calla, acerbo rumor; no me atormentes.

de sus desvelos. La persona amada es la imagen más perfecta del Amor, y para el amante su casa llega á ser el templo de este dios.»

Ovidio, en la Oda VI del Libro I de los Amores, deja en la puerta de la amada la corona que trae ceñida á su frente.

> At tu, non laetis detracta corona capillis,
> Dura super tota limina nocte jace.

Y en el Libro I del Remedio de Amor, 32, dijo: «Et tegat ornatus multa corona fores.»

Lucrecio habla también de esta costumbre en su poema de Rerum Natura, Lib. IV, v. 1177, y dice:

> At lacrimans exclusus amator limina saepe
> Floribus, et sertis operit, postisque superbos
> Unguit amaracyno.

Propercio, en la Elegía XVI del Libro I, hace también alusión á esta costumbre:

> Et mihi non desunt turpes pendere corollae
> Semper et exclusi signa iacere faces.

Plauto nos enseña en el Curculio, Acto I, Escena I, que también los amantes regaban vino en la puerta de la amada para que la puerta fuera propicia y se abriera sin que los goznes hicieran ruido.

Fedromo dice:

Agite, bebite festivae foreis;
Potate, fite mihi volenteis propitiae.

Juvenal, Sátira VI, 51.

Necte coronam
Postibus, et densos per limina tende corymbos.

Coram nutus conferre loquaces.—Este pasaje de Tibulo, como otros muchos, ha sido imitado por Ovidio. En la Elegía IV del Libro I de los Amores, dijo:

Me specta nutusque meos vultumque loquacem;
Excipe furtivas, et refer ipsa notas.

En la Elegía XI del Libro III, dijo también:

Quid iuvenum tacitos inter convivia nutus
Verbaque compositis dissimulata notis?

Audendum est; fortes adiuvat ipsa Venus.—El pensamiento de Tibulo ha sido repetido por Ovidio, tanto en los Fastos, como en las Metamorfosis y en el Arte de Amar.

En el Libro II de los Fastos, 781, dijo:

Exitus in dubio est. Audebimus ultima dixit
Viderit; audentes Forsque deusque iuvet;

En las Metamorfosis, Libro X, 588:

Audentes deus ipse iuvat.

Y en el Arte de Amar, Canto I, 608:

Audentem Forsque Venusque iuvat.

Aquiles Estacio, en su Comentario de Tibulo, cita también á Claudiano, Panegírico del Consulado de Probino y de Olivro.

Fors iuvat audentes, prisci sententia vatis
Seu quis iuvenis nova limina temptat.

Is sanguine natam, is Venerem e rabido.—Tibulo se refiere sin duda á la Venus Afrodita, y sigue al efecto la Teogonía de Hesiodo. Saturno, según Hesiodo, puesto en emboscada, con una hoz enorme cortó á Urano los órganos genitales, y al arrojarlos al mar, brotó una blanca espuma de donde nació aquella joven que, llevada á Chipre, mereció los honores divinos, y presidir las fiestas del amor y de la voluptuosidad.

Malas Medeae dicitur herbas.—Medea es la gran maga de la antigüedad, y llena con sus encantamientos y prodigios, toda la época legendaria de la Grecia primitiva. Ella ha sido cantada por los poetas griegos y latinos, dió vida al poema de los Argonautas, atribuido á Orfeo, y asunto al poderoso genio de Eurípides, para una de las más hermosas tragedias que nos dejara la antigüedad.

Hay, sin duda, dos genealogías acerca de Medea:

la primera, la de Hesiodo; la segunda, la que refiere Diodoro de Sicilia.

Medea no es, en la Teogonía de Hesiodo, la terrible hechicera preparadora de filtros, cruel y vengativa, sino la virgen de los *pies encantadores* y de *los ojos negros*. Medea, en Hesiodo, es hija de Eétes, hijo del sol y de Ydya, hija del Océano. Jasón se la roba en su ligero navío, para hacer de ella su esposa encantadora. Según Diodoro de Sicilia, Medea es hija de Eétes y de Hécate, y es ésta la que la consagra al estudio de los venenos, la que le descubre diversas especies de raíces y sus increíbles propiedades.

Diodoro de Sicilia, refiere todo el episodio relativo al vellocino de oro, en el cual las hierbas de Medea sirvieron á Jasón para apoderarse de él, así como la transformación que ella tuvo que sufrir para penetrar al palacio de Pelias. Era tal el arte de Medea, que pudo ponerse blancos los cabellos untándose ciertas substancias, y mudar su rostro y su cuerpo, á fin de parecer una vieja. Por medio de ciertos medicamentos, hizo aparecer dragones que la diosa había transportado de los países hiperbóreos.

El episodio más terrible de la vida de Medea, el que explotaron Eurípides y Séneca en la antigüedad, y después Corneille y Legouvé, es el de sus celos, cuando Jasón la abandonó para casarse con Creusa ó Glauca, la hija de Creón.

Diodoro de Sicilia refiere que, habiéndose cambiado Medea el rostro por medio de drogas, entró durante la noche al palacio de Creón, y lo incendió por medio de una raíz que había sido descubierta por Circe, y que tenía la propiedad de no apagarse sino muy difícilmente cuando había sido encendida. Según algunos historiadores, los hijos de Medea llevaron á Creusa, presentes untados con filtros, y ésta, al ponérselos, murió, sufriendo igual suerte su padre al venir á su socorro.

Pausanias, en su Descripción de la Grecia, confirma esta última versión, y asegura haber visto la tumba de los hijos de Medea, muertos á pedradas, por haber llevado los presentes enviados á la hija de Creón.

En la tragedia de Eurípides, Medea ofrece á Egeo que tendrá sucesión, porque tiene al efecto filtros maravillosos, y son sus hijos los que llevan á Glauca el velo sutil hecho de un finísimo tejido, y la corona de oro, adornos que el Sol había dado á su posteridad.

Según Píndaro, en la Pítica IV, Medea preparó á Jasón, con aceite y jugos preciosos, un bálsamo saludable cuya virtud lo hacía invulnerable para el dolor. Jasón, debido á este bálsamo, pudo domar los toros que arrojaban fuego, y á lo cual debió apoderarse del vellocino de oro.

En la Medea de Séneca el trágico, más que en la

de Eurípides, se ve á la hechicera que fía su venganza, más que á la acción de los dioses, á los filtros preparados por ella. No es el velo y la corona lo que envía á Glauca, sino un vestido talar *(palla)*, y un collar *(monile)*, y no producen al ser tocados la muerte, sino el incendio de Creusa, de su padre, y aun del palacio todo. La escena del acto IV, en que Medea invoca á todos los dioses infernales, da una idea del poder mágico de aquella hechicera que detenía el curso del Sol, que hacía caer la lluvia de un cielo desprovisto de nubes, y encerraba en sus grutas, vencidas las ondas del Océano.

Horacio, en el III de los Epodos, dice: que Medea untó á Jasón con ajos para domar los toros, y que con ajos estaban impregnados los presentes enviados á Creusa.

Ut Argonautas praeter omnes candidum
Medea mirata est ducem,
Ignota tauris illigaturum iuga,
Perunxit hoc Iasonem;
Hoc delibutis ulta donis pellicem,
Serpente fugit alite.

En el Epodo V, vuelve Horacio á referirse á este episodio de la vida de Medea, y entonces ella ve arder á la hija de Creón.

Cur dira barbarae minus
Venena Medeae valent
Quibus superbam fugit ulta pellicem
Magni Creontis filiam,
Cum palla, tabo munus imbutum, novam
Incendio nuptam abstulit?

Ningún escritor de la antigüedad ha presentado de la maga Medea, un cuadro tan completo como Ovidio en el Libro VII de sus Metamorfosis.

La preparación del filtro para devolver la juventud al padre de Jasón, es uno de los más hermosos episodios que acerca de la magia se registran, y que pueden darnos una idea de sus misteriosas ceremonias.

Plinio, en el Libro II, capítulo CV de su Historia Natural, dice que fué con nafta con lo que Medea quemó á su rival. Diodoro de Sicilia atribuye á la madre de Medea el descubrimiento del acónito. (Biblioteca Histórica, Libro IV).

Feros Hecates perdomuisse canes.—Hécate es la madre é institutriz de Medea, porque ella fué quien le enseñó á preparar los filtros y á conocer las hierbas más á propósito para los encantamientos. Hécate era la maestra de la magia, y la diosa del mundo subterráneo.

Era la diosa triforme, Luna en el cielo, Diana en la tierra y Hécate en los infiernos. La llamaron así, Virgilio, en la Eneida, Libro IV, verso 511; Horacio,

Oda XXII, Libro III; Ovidio, en las Metamorfosis, Libro VII, verso 94, y Séneca, en la escena I del Acto I de Medea.

A Hécate se inmolaban los perros, tal vez porque la diosa de los infiernos hacía desaparecer los espectros y las almas de los muertos, cuando ladraban los perros.

Teócrito, en el Idilio II, dice que hasta los perros temían á la terrible Hécate, cuando la veían pasar entre las tumbas de los muertos.

Séneca, en su tragedia el Edipo, Acto III, verso 569, dijo:

Latravit Hecates turba.

En Medea, Acto IV, versos 840 y 841, dijo también:

ter latratus
Audax Hecate dedit.

Valerio Flaco, en sus Argonáuticas, Libro VI, versos 112 y 113, dijo:

Latratuque cohors, quanto sonat horrida Ditis
Ianua, vel superas Hecates comitatus ad auras.

Véase también Horacio, Sátira VIII, Libro I, versos 33 y 35.

Hesíodo, en su Teogonía, hace de Hécate la preferida de Júpiter entre todas las diosas, y es á quien se invoca en todos los sacrificios expiatorios.

COMENTARIOS